

CRONICA

ESTAMPA

¡AMNISTIA! ¡AMNISTIA! CANTOS DE SIRENA

Bienaventurados los que sufren persecución por causa de la justicia; porque de ellos es el reino de los cielos.

(San Mateo. Capitulo 5.^o versículo 10.)

¡Amnistía! ¡Amnistía! He aquí la palabra que pronuncian todos los labios que se mueven a impulsos de un corazón humano. Yo también, como ellos, siento al pronunciar estas humanitarias frases la nostalgia de los sentimientos profundos, justicieros, propios del siglo XX.. Y estas palabras, estos sentimientos, van, poco a poco, incrustándose en mi cerebro hasta el punto de atormentarme. Pienso si Morfeo me puede amparar en su protección y, a él me entrego. Pero no. Hasta el lecho me acompaña el eco y sueño, sueño. Y sueño con las visiones del «reosocial». De pronto, me hallo ante un sólido edificio.

¿Un palacio? ¿Un castillo? ¿Un torreón? No. La voz potente de «¡centinela alerta!» me saca de mi duda. Es ¡—dejadme tranquilo piltrafas de la sociedad—! la cárcel. Y, la cárcel ¿para qué se fundó? Según los postulados de la actual sociedad en que vivimos, se edificó para separar a los criminales; a los que tuvieron las manos tintas en sangre para los degenerados en suma. A pesar de que está abarrotada veo que pocos, muy pocos, las han tenido. No sé cómo, ni cómo no, me hallo en los pasillos, en las galerías de ésta mansión lúgubre y altiva a la vez llamada de la justicia. La curiosidad me empuja, me empuja, y me hace asomarme al interior de una celda. Este hombre, víctima y héroe de un ideal, jamás supo de manos impregnadas en sangre. El no robó, no mató. Y sin embargo se halla cautivo. ¿Por qué? Sencillemente porque exigió a la sociedad que le explota y ultraja, sus derechos. Un hombre un español, que ha trabajado como lo demuestra en su rostro enjuto, en sus manos encallecidas a fuer de trabajar la tierra con el pico el azadón y el arado. Pero sin embargo, en su casa supieron —y saben— de los rigores del hambre, de la mise-

ria, marcando en su faz sus huellas tristes, melancólicas. Muchas veces ha tratado de reconciliar el sueño, pero no, no puede, porque piensa en algo que lo tiene presente, vivo en su pensamiento. De momento, enigmático, se pone en pie, y con paso lento, mesurado, se dirige a la férrea ventana, y con serenidad contempla el horizonte, como extasiado, comienza a hablar entre sí; a delirar.

¿Que hice yo para que la burguesía me condene a mí, y a los míos a pasar estos martirios, estos tormentos?

Jamás, jamás mis manos se vieron tintas en sangre.

Es decir, sí; ¡en la guerra! Pero entonces aquello no era crimen; porque me ponían de pantalla el patriotismo, con arengas, cuando en realidad no existía más patria para ellos que su dinero. Pero en la guerra tan solo sufría yo, mis padres mis hermanos. Pero hoy no son ellos los que sufren. Es algo más vivo; más latente, que lo siento como ser carne de mi carne; ¡Mis hijos! ¡Mis hijos y mi esposa. ¡Ah! Sufrid, sufrid, hasta dar el ejemplo a esta cavernícola sociedad... Sociedad. ¡Sociedad corrompida! Así pagas los servicios que te hacen tus siervos, tus esclavos... ¡Sociedad maldita! Si en un día no lejano, mis hijos de odia, te repudian, te detestan, no les culpes a ellos; la tienes tú. ¿Que porque? Ah. ¿Y me lo preguntas? Escucha. A mis hijos, al pueblo, en vez de instruirlos, de hacerlos hombres, de formarlos como perfectos ciudadanos, les enseñastes a obedecer tus órdenes como autómatas; a ser tu esclavo, en suma. Y en cambio tú, para alivio de su mal en la tierra le ofreces un dogma: la religión de Europa: —Católica apostólica y romana—. Unica que vive bajo tu amparo y protección, porque ella, a la vez que te ampara a tí, fanatizando al pueblo, se sirve así misma.

¡Sociedad, sociedad ruín! Tiembla, tiembla el día que los ¡Pueblo! Venero del alma popular porque en las fibras más sensitivas de tu ser, llevas el

márchamo de tu eterno sacrificio, dejando al descubierto la herida realizada por una sociedad privilegiada, sin conciencia, plagada de injusticias, la que de nuevo como canto de sirena arrullarán tus oídos la falaz promesa de tu mejoramiento moral y material. Que el trabajo no faltará para aquellos que meses y años llevan parados paseando por las calles, su figura fámelica como bandera rasgada por las derechas ante sus venganzas, odios y persecuciones.

Que esas criaturas, hijos de de vuestros amores y sacrificios de lucha por la vida, invaden las calles, descalzos, desnudos, hambrientos, implorando la limosna, y en las puertas de los templos, se cobijen, con la fragancia de rosas, pronto a marchitarse por la helada de unas derechas sin alma y sin justicia, que dejan caer sobre los pétalos abiertos a la vida, como sarcasmo de tragedia, donde allá dentro, el divino Jesús, todo amor, todo bondad, en la sencillez sublime de su martirologio de redención humana, se encuentra rodeado de riquezas agrupadas por las gentes que fingen y no sienten, mientras fuera agonizan de frío y de hambre sus verdaderos hijos; grandiosos en su desnudez de cuerpo, porque sus almas cuajadas se encuentran de resignaciones y de bondades.

que sufren; los que han hambre de pan y justicia, se unan y, poniéndote ante el Tribunal del Pueblo te exija cuentas de tu actuación.

Cástulo

Sansón

Y en mi fuero interno, veo a Cristo, en ademán de crispación material y en su rostro rasgado por el dolor, un rictus más de amargura y desprecio ante tanto fariseo que de sus doctrinas hace ostentación vergonzosa de pecado.

No sobre tí solo, sino también sobre tus hijos, dejan caer el peso de sus venganzas porque en su ceguera egoísta quieren cortar el tallo de una rebeldía, de un despertar hacia el futuro...

¡Trabajado! Mujer! desprecia a esas gentes y no olvides que el latigo que a diario esgrimen sobre vuestras espaldas, oculto lo lleva en sus deseos, y ahora te ofrecen la hipócrita sonrisa de un halago, porque saben que sois precisos para sus apetitos y os dan unas migajas solo para un día, y el resto del año os murais de hambre por su propia persecución. No les hagais caso y despreciarlos.

Son vuestros eternos tiranos. No os dejéis seducir y que vuestros votos que representan la justicia y liberación de vuestra esclavitud y la de vuestros hijos, y solo pensando en estos para que el día de mañana puedan discurrir como hombres libres y nó como esclavos; temolar al viento las melenas de leones embravecidos, rompiendo de una vez las cadenas de la opresión y dar vuestros votos a las Izquierdas, únicas que os han de salvar de vuestro estado miserable porque ellos representan la Verdad, el Trabajo y la Justicia.

Dr. Antonio Calderón
Cirujano Urólogo

Diplomado del Instituto Rubio y de la Beneficencia general de Madrid

Pasará consulta todos los miércoles de 10 a 12 de la mañana en la

CLINICA DEL DR. BALLEATO
Seis de Junio, 26